



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS  
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

## LECTURA SESIÓN 11

# CTX 102 INTRODUCCIÓN A LA SOCIOLOGÍA

Pleyers, Geoffrey. “Volverse actores. Dos vías del activismo en el siglo XXI”, “Los movimientos sociales como productores de la sociedad”. En *Movimientos sociales en el siglo XXI: perspectivas y herramientas analíticas*, 45-53 y 91-111. Buenos Aires: CLACSO, 2018.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

## CAPÍTULO 2

### **VOLVERSE ACTORES. DOS VÍAS DEL ACTIVISMO EN EL SIGLO XXI\***

Frente a la magnitud de los desafíos globales, como son el cambio climático, el poder de los mercados financieros y la concentración de los recursos en el 1% de los más ricos, los ciudadanos se sienten a menudo muy alejados de los lugares donde se toman las decisiones políticas. La globalización parece reducir drásticamente la capacidad de actuar de los ciudadanos. Sin embargo, esta misma globalización también ofrece nuevas oportunidades y nuevos espacios para que los ciudadanos se construyan como actores de su vida y de su mundo.

Siguiendo los caminos de la sociología de la acción (Melucci, 1996; Touraine, 1979 y 2002) y de la emergencia (Santos, 2014), me parece importante analizar las culturas políticas y las vías por las cuales los individuos y comunidades se oponen a la forma dominante de globalización económica, la manera cómo implementan alternativas concretas, y sus visiones del mundo y del cambio social, a partir de las cuales construyen proyectos de emancipación.

---

\* Este artículo resume el argumento central del libro *Alter-Globalization. Becoming Actors in the Global Age* (Cambridge: Polity). El artículo ha sido publicado en 2015 en la *Revista de Estudios Sociales* de la Universidad de Los Andes en Bogotá.

El pensamiento y las prácticas de la emancipación en el siglo XX estuvieron dominados<sup>1</sup> por un modelo de cambio social centrado en una estrategia en dos etapas: la toma del poder del Estado (por vías electorales o revolucionarias), y luego, la transformación de la sociedad a partir del Estado. Como lo resume John Holloway (2002: 29): “Durante más de cien años los sueños de aquellos que han querido un mundo adecuado para la humanidad se han burocratizado y militarizado, todo para que un gobierno ganara el poder del Estado y que, entonces, se lo pudiera acusar de ‘traicionar’ el movimiento que lo llevó hasta allí”.

La caída del Muro de Berlín dio una teatralización al fracaso de esta perspectiva y propulsó al mundo y a los movimientos sociales en la historia global del siglo XXI (Hobsbawm, 2002). En la década de 1990, la globalización fue dominada por las políticas económicas neoliberales, que rápidamente conquistaron los países del desaparecido bloque del Este, pero también los países no-alineados de Bandung, desde la vuelta al capitalismo en China, las reformas de 1991 en India y el dominio de las políticas neoliberales en casi todos los países de América Latina. El fracaso del modelo soviético también promovió una desideologización, que además fue en muchos casos sinónimo de despolitización.

Frente a este triple desafío de la globalización, del dominio del neoliberalismo y de la despolitización de la sociedad civil institucionalizada, los actores y movimientos sociales reinventaron las vías para volverse actores de su vida y de su mundo.

En mi libro *Alter-Globalization. Becoming Actors in the Global Age* analizo dos de estas vías. Con la “vía de la razón”, los ciudadanos se apoyan en una sociedad civil capaz de cuestionar la ideología neoliberal a través de análisis científicos y técnicos, y en una ciudadanía activa que se moviliza en contra del neoliberalismo para constituir sociedades más democráticas; mientras que los actores de la “vía de la subjetividad” defienden la autonomía de su experiencia vivida, de su subjetividad y de su creatividad, ya sea a nivel de una comunidad o a nivel individual. Estas dos vías fueron particularmente visibles en el movimiento altermundialista y en su lucha en contra del dominio de las finanzas globales, pero también han ocupado un lugar central en muchos de los movimientos contemporáneos, incluidos los movimientos ecologistas, los que están en contra de la violencia y los que

---

1 El movimiento global de 1968 (Fazio, 2014) abre una nueva etapa, a partir de la cual se difunden paulatinamente perspectivas más culturales del cambio social. Sin embargo, y a pesar de la creatividad de las resistencias culturales de la “anti-política” en Europa del Este y en varias partes del mundo, el peso del modelo de cambio social del siglo XX siguió dominando el panorama geopolítico, aunque en menor proporción intelectual.

buscan la democratización en la segunda década del siglo XXI, tales como algunas revoluciones árabes, el 15M en España, los movimientos *Occupy*, o los movimientos ciudadanos de junio 2013 en Turquía, Brasil y Bulgaria.

Estas dos vías son “gramáticas de acción” y se deben considerar como herramientas analíticas. Son lógicas de acción que no existen de manera pura en la realidad —y ningún actor es la encarnación perfecta de una lógica de acción—, pero nos permiten entender las acciones de los actores y las visiones del mundo que ellos agitan. Ningún actor concreto se puede resumir en una de estas vías, entendiendo que las vías de la razón y de la subjetividad se mezclan en la acción y en la subjetividad de los actores de los movimientos contemporáneos.

### 1. LA VÍA DE LA RAZÓN

En los años 1990, la presentación de la “democracia de mercados” (Fukuyama, 1992) como el modelo único llevó a considerar el desarrollo económico y los tratados de libre comercio como cuestiones técnicas, manejadas por expertos y tecnócratas. Acuerdos de la Organización Mundial del Comercio se aprobaron sin debates en los parlamentos nacionales sobre las grandes orientaciones económicas, cuando no se negociaron en secreto, como fue el caso de la Asociación Transatlántica para el Comercio y las Inversiones en la segunda década del siglo XXI. Esto fue denunciado por activistas y analistas como la “democracia vacía” (Randeria, 2007).

Frente a esta “tecnificación” de las políticas económicas —que a menudo ha significado una “despolitización”—, redes de ciudadanos y de expertos comprometidos consideran que las decisiones políticas con tantas repercusiones en la vida de los ciudadanos, como los acuerdos de la Organización Mundial del Comercio (OMC), no se pueden dejar en manos de unos cuantos expertos y tecnócratas. Por lo tanto, los actores de la vía de la razón promueven un mundo más democrático, combinando dos ejes de acción: la promoción de una ciudadanía activa e informada, y una crítica científica a las políticas dominantes.

Por un lado, las redes de expertos y los ciudadanos de la vía de la razón cumplen dos funciones esenciales para las democracias del siglo XXI: la primera es una función de alerta y de monitoreo de los actores políticos e institucionales, y la segunda, una función de educación popular. Atraen la atención de ciudadanos y de la sociedad civil sobre temas pocos visibles en los grandes medios, y los transforman en problemas públicos. Consideran, además, que un mundo más democrático requiere que los ciudadanos se formen para tener el conocimiento suficiente que les permita entender los debates políticos y forjar su propia opinión, en especial en el campo de las políticas

económicas y comerciales. Se trata, por lo tanto, de un movimiento profundamente democratizador y antitecnocrático.

Los expertos altermundialistas cumplieron un papel fundamental en alertar a la opinión pública sobre las consecuencias de los tratados de libre comercio o de los paraísos fiscales. El Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático emitió una declaración que no puede ser ignorada por los ciudadanos, por quienes toman las decisiones políticas y por los expertos en ciencias sociales: la forma de vida moderna no es sostenible, puesto que altera el clima, los ciclos geológicos y químicos básicos. Otras redes de expertos tienen un papel similar documentando casos de violación a los derechos humanos o de contaminación producida por empresas de extracción de recursos naturales. El monitoreo y las críticas de los actores políticos y de las instituciones a nivel nacional e internacional por grupos de la sociedad civil tienen un papel central en las democracias contemporáneas. John Keane (2009) califica a las democracias contemporáneas como “democracias de monitoreo” (véase también Rosanvallon, 2006), y sostiene que el funcionamiento democrático de nuestras sociedades depende tanto de las actividades de monitoreo y de crítica de los actores políticos ante los medios, la sociedad civil y los ciudadanos, como de la transparencia de los procesos electorales.

Por otro lado, estos expertos y ciudadanos de la vía de la razón creen en el modelo de “democracia deliberativa” de Jürgen Habermas (1987). Están convencidos de que los argumentos racionales y científicos tendrán que ser tenidos en cuenta por quienes toman las decisiones políticas. Desarrollan análisis rigurosos de las políticas actuales, para demostrar que las políticas neoliberales no solo son injustas en términos sociales, sino que, sobre todo, son irracionales en términos económicos (Pleyers, 2010, capítulos 5 y 6). Intelectuales y expertos tuvieron un impacto importante en el desglose de las pretensiones científicas de las políticas económicas neoliberales y de los que negaban el cambio climático. La crisis financiera y económica que comenzó en 2007 comprobó la validez de los economistas altermundialistas, que desde hace muchos años denunciaba los excesos de la especulación y habían previsto tal crisis. Sin embargo, la crisis también evidenció un límite estructural de esta concepción del cambio social: los buenos argumentos y la comprobación de la validez de sus análisis no bastaban para cambiar las orientaciones dominantes de las políticas económicas. A finales de 2007, vieron sus análisis comprobados y pensaron, en consecuencia, que los líderes políticos iban a aplicar la política económica alternativa y a limitar la especulación. La realidad fue distinta, las medidas tomadas en contra de los paraísos fiscales por el G20 fueron muy limitadas, y la crisis de los bancos se convirtió,

en muchos países, en una crisis de presupuesto estatal, lo que sirvió de argumento para justificar recortes al Estado social. De esta manera, la situación resultó contraria a las políticas alternativas propuestas por los expertos altermundialistas.

Si bien son complementarias, también entran en tensión la promoción de una ciudadanía activa e informada, y la preparación de argumentos científicos para deslegitimar las políticas dominantes. La primera busca ampliar los debates a los ciudadanos, mientras que la producción de análisis científicos y la discusión con los expertos de las instituciones internacionales privilegian el trabajo de unos cuantos expertos.

Los activistas de la vía de la razón comparten una visión del cambio social *impulsada desde la participación ciudadana en los debates públicos, y que genera una mejor regulación de la economía por las instituciones*. Consideran que el mayor reto es recuperar el vínculo entre la economía (que opera a nivel global) y los asuntos sociales, culturales, ambientales y políticos, los cuales siguen fuertemente arraigados a las políticas nacionales. Por lo tanto, resaltan la urgente necesidad de contar con instituciones internacionales más fuertes y democráticas (Smith, 2008), así como con medidas eficientes capaces de controlar la economía global e institucionalizar la redistribución y la participación a escala mundial. Los ciudadanos y expertos altermundialistas se dirigen entonces a los gobiernos o a las instituciones internacionales, con el objetivo de convencerlos de la necesidad de impulsar políticas distintas, de renegociar capítulos de tratados internacionales o de resolver casos de contaminación industrial. También valoran el respeto del Estado de Derecho y la imparcialidad del poder. Consideran al Estado como un actor capaz de limitar los poderes de los mercados, de las transnacionales y de los grupos armados o narcotraficantes, así como de redistribuir una parte de las riquezas y de imponer regulaciones para proteger el medioambiente. Por lo tanto, para estos ciudadanos, la corrupción y la colusión entre élites políticas y económicas es un problema fundamental, ya que pervierte la función del Estado y lo lleva a reforzar el poder de los más ricos.

## 2. LA VÍA DE LA SUBJETIVIDAD

En la vía de la subjetividad, el “otro mundo posible” empieza por cambios locales y personales. El activismo se construye alrededor de la *experiencia*, entendida en su doble sentido: *la experiencia vivida y la experimentación*.

Estos activistas buscan defender la autonomía de su *experiencia vivida* frente a la influencia de la sociedad global y de los poderes económicos en todos los aspectos de la vida, y se rebelan contra la manipulación

de las necesidades y de la información. Estos movimientos son un llamado a la libertad personal contra las lógicas del poder y de la producción, del consumo y de los medios de comunicación masivos.

Por otro lado, los activistas de la vía de la subjetividad consideran la lucha como un *proceso de experimentación creativa*, por medio del cual se ponen en práctica los valores de un “mundo mejor”. Dichos activistas rechazan los modelos y planes preconcebidos para crear *el mundo mejor* y privilegian un aprendizaje en procesos de experimentación, ya que “se hace camino al andar”, como lo repiten los zapatistas en el sur de México. La orientación general de la acción está en la consistencia entre sus valores y sus actos, refiriéndose en ocasiones al eslogan de Gandhi: “Sean el cambio que quieren ver en el mundo”. El activismo es entonces *prefigurativo* (prefigura en los actos concretos los elementos de un mundo mejor y más democrático) y *performativo* (el objetivo no precede a la acción, sino que le es concomitante). En vez de una ruptura abrupta y radical, que corresponde a la idea clásica de revolución, el cambio social se concibe como un *proceso*. El “otro mundo posible” no surgirá mañana, luego de la “gran noche”, sino que comienza aquí y ahora, en estos rincones intersticiales de la sociedad apropiados por los activistas y transformados en *espacios de experiencia* alternativos y autónomos.

Frente a la invasión de la vida por lógicas mercantiles, estos movimientos buscan crear *espacios de experiencia*. Se trata de construir *lugares distanciados de la sociedad capitalista que permitan a los actores vivir de acuerdo con sus propios principios, entablar relaciones diferentes y expresar su subjetividad* (Bey, 1997; McDonald, 2006; Pleyers, 2010: 37-40). Estos espacios son, a la vez, lugares de lucha y preludios de otra democracia y un mundo más justo. Permiten a cada individuo y colectividad construirse como sujeto, defender su derecho a la singularidad y volverse actor de su propia vida. Algunos movimientos se organizan en territorios locales, como las comunidades indígenas zapatistas, o los “asentamientos” ocupados por los campesinos sin tierra (Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra, MST) en Brasil, donde organizan sistemas alternativos de salud, de educación o de decisiones colectivas. En las ciudades también se desarrollan movimientos para una transformación a partir de lo cotidiano, por ejemplo, con redes para consumir menos y mejor, o comprar sus verduras directamente a pequeños campesinos locales. Los jóvenes activistas privilegian espacios de experiencia más efímeros: *las acampadas*, que se volvieron una forma de acción privilegiada por los jóvenes alter-activistas del movimiento altermundialista en los años 2000, del movimiento para la justicia climática y, en los años 2010, de la revolución en Egipto, de los indignados y de los movimientos *Occupy* o de Gezi Park.

Los activistas de la vía de la subjetividad consideran la democracia no tanto como una reivindicación dirigida a los gobiernos, sino como una práctica y un compromiso personal (Glasius y Pleyers, 2013). Sostienen una concepción del cambio social que no pasa tanto por la influencia sobre los responsables políticos, sino por la transformación de las maneras de vivir juntos a partir de alternativas concretas que pongan en práctica los valores del movimiento, así como por una reafirmación de las formas de sociabilidad locales. Se trata tanto de cambiar la vida como de cambiar el mundo. Detrás de pequeños cambios en la manera de desplazarse, de fortalecer el tejido social, de elegir sus alimentos y de vivir de manera más responsable a nivel social y ecológico, se desarrollan proyectos de una sociedad distinta y de mayor *convivencialidad* (Illich, 1985).

El cambio no se limita al nivel local, sino que se concibe de abajo hacia arriba (*bottom-up*), y el cambio personal ocupa un lugar central: “Creo que las cosas cambian mucho con el cambio personal. Lo más importante de mi forma de ser activista es mantener mi integridad y que mis prácticas sean consistentes con lo que yo defiendo” (Sophie, indignada, Bruselas, 2012). Con la misma lógica, el primer reto de las comunidades zapatistas es el de cambiarse a sí mismas; como lo recordó el subcomandante Marcos, la “primera revolución zapatista” no fue el levantamiento armado de enero 1994, sino la adopción de la igualdad de género en las comunidades unos meses antes (EZLN, 1994).

Estos movimientos nos llevan a reconsiderar la importancia del nivel local en un mundo globalizado. Lejos de desaparecer o de resumirse en una traducción de dinámicas globales, se ha vuelto el espacio en donde surgen muchos actores y alternativas al neoliberalismo; se ha convertido en el territorio en donde se implementan otras formas de democracia y prácticas de emancipación en el siglo XXI (Pleyers, 2010). La sustentabilidad de tales espacios constituye, sin embargo, un desafío permanente a nivel político y social, y para asegurar una viabilidad económica.

La literatura consagrada a los movimientos sociales suele dar una importancia secundaria a estos movimientos locales, a menudo reducidos a grupos de defensa de intereses locales y particulares (los movimientos NIMBY, “*Not in my backyard*”), o considerados como iniciativas que no tenían la fuerza suficiente para elevarse a nivel nacional (McAdam, Tarrow y Tilly, 2005). La perspectiva de la vía de la subjetividad sugiere que muchos de estos actores eligen enfocar su energía y sus actividades en el nivel local, no porque no alcancen otra escala de acción, sino porque sitúan la construcción de la autonomía local en el centro de su proyecto de sociedad. Por lo tanto, se debe evitar toda confusión entre la escala territorial de un movimiento y

el nivel de significación de su acción. Muchos movimientos locales apuntan a problemas globales y exploran soluciones concretas en el ámbito de la organización democrática de la vida en común y de la ecología. Sus alcances sobrepasan, por lo tanto, la escala local, y sus significados pueden ser tan globales como los de las redes internacionales de activistas.

Con la vía de la subjetividad, el cambio individual y a nivel local se ha vuelto una vía importante y estimulante del cambio social en el siglo XXI. Sin embargo, ¿acaso se puede cambiar el mundo cambiándose a sí mismo o construyendo “espacios de experiencias”, multiplicando las “islas alternativas” en un océano neoliberal? México representa un estudio de caso particularmente claro en este asunto. Numerosas iniciativas comunitarias y locales surgieron en las últimas décadas. Cambiaron la vida de mucha gente, a menudo sacándola de situaciones muy difíciles, por lo cual ya puede destacarse su importancia. Sin embargo, a pesar de la energía y la creatividad que miles de ciudadanos invirtieron en estos proyectos, México es en el presente un país más desigual y más violento que hace dos décadas, cuando se levantó el movimiento zapatista.

### 3. EXPLORACIONES PARA UNA DEMOCRACIA EN LA EDAD GLOBAL

Las vías de la razón y de la subjetividad no son dos lógicas de acción aisladas. Se combinan en las iniciativas de muchos grupos en los actos de ciudadanos que buscan contribuir a un mundo mejor y más democrático. Esta combinación conlleva algunas tensiones y contradicciones, a menudo visibles en los movimientos. También genera innovaciones sociales e interacciones constructivas que permiten superar algunos límites de cada vía. El activismo *prefigurativo* y la exigencia de implantar los valores democráticos en la organización del propio movimiento de la vía de la subjetividad, limitan el poder de los expertos y proveen un contrapeso al liderazgo y a los procesos de institucionalización de los movimientos sociales.<sup>2</sup> Por otro lado, la perspectiva global y las competencias técnicas de los expertos complementan las perspectivas locales, y, a veces, permiten colaboraciones con actores políticos e institucionales.

Una democracia global no puede resultar de una simple expansión de la democracia representativa implementada a escala nacional. A nivel global, la democracia tiene que ser considerada en sus múltiples dimensiones, y dentro de diversos caminos que permitan a los ciudadanos tomar parte activa para dar forma a su destino común. Las vías de la razón y de la subjetividad proveen formas innovadoras

---

2 Véase el capítulo 6 del presente libro.

de lidiar con los límites estructurales de la democracia representativa y constituyen conjuntos de experimentación que nos permiten elaborar una aproximación multidimensional a un mundo más democrático, que reconozca el papel de la transformación de uno mismo, de las comunidades locales, de las políticas nacionales y de las instituciones internacionales.

## CAPÍTULO 5

### LOS MOVIMIENTOS SOCIALES COMO PRODUCTORES DE LA SOCIEDAD\*

A lo largo de su obra, Alain Touraine colocó los movimientos sociales como los protagonistas centrales de la transformación de la sociedad, “la producción de la sociedad por sí misma”. Esta propuesta parecía particularmente apropiada durante los primeros años de la década de 2010, cuando surgieron decenas de movimientos ciudadanos pidiendo más democracia en todos los continentes.

El año 2016 vino a simbolizar una coyuntura muy distinta, con la elección de Donald Trump, el Brexit, la gira autoritaria en Turquía, el golpe en contra de la presidenta de Brasil Dilma Rousseff y el “No” al referéndum para la paz en Colombia. El panorama político y social está lejos de las esperanzas democráticas que movilizaron a millones de ciudadanos. Con la excepción del difícil proceso tunecino, el autoritarismo creció en los países árabes y las revoluciones pacíficas en Siria y Barán fueron reprimidas, dejando decenas de miles de muertos. Cuando el “movimiento de Gezi” mostró las fuerzas de las aspiraciones

---

\* Una versión anterior de la primera parte de este capítulo ha sido publicada en coautoría con Antonio Álvarez Benavides, bajo el título “La producción de la sociedad a través de los movimientos sociales” en la *Revista Española de Sociología*, N° 27(2), 2018. Aunque el presente capítulo retoma las partes de mi autoría, los mismos se beneficiaron de los intercambios con mi destacado colega y amigo Antonio.

para una Turquía más democrática en 2013, los años siguientes vieron un giro autoritario donde decenas de miles de ciudadanos son silenciados y encarcelados por razones políticas, y las masacres se multiplicaron en las zonas kurdas. En Brasil, el “movimiento de junio de 2013” expresó las aspiraciones a una democracia más profunda y a una política más ética. La derecha conservadora retomó sin embargo el liderazgo del ciclo de protesta abierto en 2013, llevando a un golpe de estado contra la presidenta Dilma Rousseff y a políticas muy neoliberales del gobierno de Temer. El asesinato de Marielle Franco, consejera municipal de Río de Janeiro, activista feminista y de las favelas en marzo de 2018, muestra la fuerza y la forma del nuevo poder que domina el país (Bringel y Domingues, 2018). Europa sufre políticas de austeridad y de recorte de los servicios públicos que, a pesar de que se han demostrado científicamente ineficaces (Blyth, 2013; Skidelsky y Fraccaroli, 2017), dominan las agendas políticas. En Polonia, Hungría y luego Austria e Italia, los nacionalistas llegan al poder en muchos países europeos, y con ellos sube el racismo.

Todos estos hechos llevan a cuestionar el impacto de los movimientos sociales. Si todos los movimientos que se levantaron a través del mundo al inicio de la década no pudieron volver el mundo más democrático y más justo, ¿Qué queda de la aserción de Alain Touraine que les consideraba como los mayores protagonistas de las transformaciones sociales? ¿Siguen siendo relevantes los movimientos sociales?

En este texto, mantengo que sigue vigente su propuesta analítica, con la condición de que se integre a su interpretación tres tipos de propuestas: integrar los sesgos epistemológicos de las perspectivas dominantes en los estudios de movimientos sociales, matizar la agencia de los movimientos integrando los mecanismos de reproducción de la sociedad y ampliar el abanico de los actores considerados bajo el término de “movimientos sociales”, en particular hacia los actores dominantes y hacia los conservadores/reaccionarios.

## 1. SEGOS EPISTEMOLÓGICOS

### LOS MOVIMIENTOS SOCIALES NO SE RESUMEN EN SUS IMPACTOS EN LA POLÍTICA INSTITUCIONAL

Las teorías dominantes de los movimientos sociales, como la teoría de la movilización de recursos o de las estructuras de oportunidades políticas, consideran las movilizaciones sociales desde un prisma utilitarista, como empresas colectivas de defensa de intereses que buscan movilizar recursos (McCarthy y Zald, 1977) y elegir las estrategias más eficaces para conseguir que sus intereses y objetivos se introduzcan, mantengan y extiendan en la agenda política (Tarrow, 1998). Desde

esta perspectiva, los movimientos sociales serían “*challengers*” en la arena política institucional, cuyo objetivo es influir en las decisiones de los “*policy makers*” (decidores políticos) para cambiar una ley, obtener nuevos derechos u orientar una política.

No cabe duda que las estrategias dirigidas hacia el Estado acaparan una parte a menudo importante de las energías de muchos actores de la sociedad civil. Sin embargo, resumir los movimientos sociales a sus impactos en la política institucional o al ámbito electoral es un sesgo epistemológico muy problemático, ya que impide entender la naturaleza misma y una parte importante de los logros de los movimientos sociales. Por ejemplo, el impacto del movimiento feminista no se resume en una serie de leyes concretas, va mucho más allá, puesto que ha transformado la subjetividad y el comportamiento de las mujeres y de los hombres en la vida cotidiana, en la esfera profesional y en el espacio público.

Además, evaluar los resultados exclusivamente a corto plazo puede resultar engañoso (Tejerina, 2010). Unas semanas después del movimiento de mayo de 1968, la derecha francesa obtuvo una de las victorias más amplias de su historia en las elecciones de junio. ¿Acaso este resultado invalidó el movimiento de mayo del 68? Todo lo contrario, cincuenta años después las elecciones de junio cayeron en el olvido, mientras que mayo del 68 ha contribuido a una profunda transformación social y cultural.

Resumir los movimientos sociales en sus resultados en la política institucional es un sesgo particularmente problemático cuando el propósito de muchos de los movimientos democratizadores de esta década fue, precisamente, cuestionar la centralidad de la política institucional en las democracias del siglo XXI. En las plazas ocupadas, en las asambleas de los movimientos estudiantiles y en las múltiples iniciativas en los barrios se pretendían implementar formas múltiples de participación y acción, un cambio social por otras vías, creando “espacios de experiencia”, mostrando en las prácticas que existen alternativas y que estas empiezan por nuestra manera de actuar a nivel individual y colectivo.

Los movimientos progresistas de la primera parte de la década de 2010 nos recuerdan que la democracia no solo radica en las instituciones y en las elecciones. Se trata de vivir la democracia como una experiencia, en las prácticas cotidianas, y como un requisito personal (Glasius y Pleyers, 2013). Los activistas implementaron otras formas de relacionarse con los demás y alternativas concretas a la sociedad dominante. Muchos de los que tomaron parte en las revoluciones árabes, en las acampadas del 15M, de los *Occupy*, del parque de Gezi o de la *Nuit Debout*, se focalizaron más en la sociedad en general que en las altas esferas de la política:

Hay que dejar de esperar todo del Estado y de los políticos y ver cómo podemos reapropiarnos la democracia, dónde estamos y cambiar el mundo a partir de aquí;<sup>1</sup>

A mí no me interesa saber lo que hace el presidente. Hay que hablar de la gente, de lo que ellos hacen.<sup>2</sup>

Para comprender los movimientos sociales contemporáneos es necesario ir más allá de los acontecimientos más visibles y analizar las transformaciones más profundas que se producen con respecto a la ciudadanía, a la relación con el Estado y a la significación de la democracia. Debemos superar dos fracturas a menudo presentes en el análisis de la participación social y política: la separación entre la vida privada y el compromiso político, y la dicotomía entre el mundo “virtual” y el mundo de la vida, de las calles y de la política “real”. Es precisamente en la hibridación entre la vida cotidiana y la política, entre los espacios virtuales y las plazas públicas, donde surgen nuevas subjetividades políticas y nuevas formas de ciudadanía, características de los movimientos sociales contemporáneos.

La pregunta de los impactos y resultados (“*outcomes*”) de los movimientos sociales se ha vuelto una de las preguntas centrales del campo de investigación en los últimos años (Bosi, Giugni y Uba, 2017). Tenemos una visión mucho más fina de estos impactos, que no se limitan a la política institucional, pero se encuentran también en el recorrido biográfico (las “carreras activistas”) de los participantes y en cambios culturales de más largo alcance. Además de complejizar las dimensiones del impacto de los movimientos, también es indispensable en este debate recordar que para muchos movimientos contra-hegemónicos contemporáneos, lo más importante no se puede ni medir, ni contar. Se viven, son experiencias vividas que no se reduce a palabras.

Durante una investigación sobre el “buen vivir” en Ecuador en 2013, Antonio Salamanca me llevó a una comunidad indígena arriba de la montaña para conversar con un sabio que, según el, mejor encarnaba el “buen vivir”. Nos contestó lo siguiente: “La gente de la ciudad viene aquí preguntándome qué es el ‘Sumak Kawsay’ (expresión en quichua que se tradujo como ‘Buen Vivir’). No te puedo decir lo que es. Así vivimos desde siglos. No te podría decir ‘el Sumak Kawsay’ es tal o tal cosa”. En la misma perspectiva, el antropólogo y poeta Ariruma Kowii, profesor en la Universidad Andina de Quito, se sorprende

---

1 Activista de *Nuit Debout*, entrevista en París, 2016.

2 Una estudiante tunecina entrevistada en el reportaje “Après le printemps... l’hiver” (Palmas *et al.*, 2017).

de “ver la multiplicación de los conceptos [...] pero con esto no logran ver el vínculo muy directo entre subjetividad y espiritualidad, cultura y resistencias al extractivismo”.<sup>3</sup>

El sentido de la vida, las cosmovisiones, la subjetivación, los encuentros interpersonales transformadores, las nuevas espiritualidades que son el centro de muchos de estos movimientos, no se reducen a categorías de técnicas de análisis de discurso o a narrativas construidas como estrategias.

No invalida los análisis centrados en la construcción estratégica de narrativas eficaces y los análisis de discursos que dominan la sociología de los movimientos sociales, pero: 1) subraya que los movimientos sociales y sus impactos nunca se limitan a estas dimensiones y que se requiere otras formas de ciencias sociales que se acerquen más a estas dimensiones; y 2) exige que los analistas sean conscientes e integran a sus relatos la incompletitud de su forma de conocimiento (Santos, 2007).

#### **LOS MOVIMIENTOS SOCIALES NO SE RESUMEN EN LA PROTESTA Y LA OPOSICIÓN**

Los estudios de los movimientos sociales tienden a centrarse en los episodios concretos de protesta, como si fueran lo único verdaderamente importante en los movimientos sociales. De hecho, McAdam, Tarrow y Tilly (2001) propusieron cambiar el nombre del campo de investigación de las movilizaciones sociales a “contendias políticas” y James Jasper (2014) sugirió sustituir el término de “movimientos sociales” por el de “protestas”.

La observación y el análisis de los movimientos de la década 2010 en varios continentes nos llevan a la postura opuesta. Las marchas y las protestas solo son la punta del iceberg de los movimientos sociales. Muchos análisis se han limitado a los conflictos con los poderes públicos, mientras que un gran número de movimientos sociales contemporáneos han adoptado un planteamiento prefigurativo y performativo del activismo (Pleyers, 2010; Garza, 2016), considerando el cambio social como un proceso que empieza “aquí y ahora” a través de prácticas concretas y cotidianas. Las plazas ocupadas y la organización de las movilizaciones se volvieron “espacios de experiencia”. Mientras que el militantismo clásico propone luchar para tomar el poder o adoptar prácticas de contrapoder, que tienen como objetivo contrarrestar los órganos de poder y la influencia de las grandes empresas, estos alter-activistas buscan crear espacios de experiencia y de

---

3 Intervención en el seminario “Mouvements sociaux à l’âge global”, *École des Hautes Études en Sciences Sociales*, París, diciembre de 2016.

experimentación donde reducir las relaciones de poder y de dominación (Holloway, 2002), fuera de la ideología mercantil y capitalista.

Los movimientos de ocupación de las plazas como el 15M en España, *Occupy Wall Street* o movimientos como el #YoSoy132 en México, denunciaron la corrupción del poder político y exigieron, al mismo tiempo, mejor democracia y una concepción de la política más ética. Sin embargo, solo una parte de la energía que desbordaron las movilizaciones se focalizó en la crítica política, para dedicarse a la implementación de prácticas democráticas en todas las formas y momentos de movilización y a construir relaciones interpersonales de calidad, haciendo énfasis en cada uno de los barrios, las acampadas o en la organización del movimiento (Della Porta, Fernández, Kouki y Mosca, 2017). Las asambleas, debates, mesas, actividades, iniciativas culturales, fueron mucho más allá de manifestarse contra el poder establecido.

Los activistas de los movimientos de las plazas ocupadas tienen una concepción de la democracia pensada como una cultura que no se limita a un asunto institucional: se despliega en prácticas cívicas. Esta perspectiva cuestiona la idea de que los movimientos de las plazas “desaparecen tan rápidamente como aparecieron”. Basta con pasar unos días en algunos barrios de Madrid o de Brooklyn para constatar el impacto que tuvieron movimientos como el 15M o *Occupy Wall Street* a nivel local. En Nueva York, las redes de solidaridad y de autonomía local producidas por *Occupy Wall Street* se volvieron visibles después de las inundaciones que sufrió la ciudad con el huracán Sandy, bajo el eslogan “*Occupy Sandy*”.

La reducción de la intensidad en las movilizaciones o la visibilidad de estas cuando se producen en el espacio público puede responder a ciclos, pero también a una variación en las formas en las que se produce dicho activismo, pasando de ocupaciones muy mediatisadas a modalidades menos visibles. Como resumía una activista de los indignados que ocuparon la plaza del distrito financiero París-La Défense en 2011,

aprendimos lo que teníamos que aprender en las plazas. Ha sido una experiencia intensa, pero no tenía sentido seguir ocupando la plaza para siempre. Ahora estamos implementando lo que hemos aprendido en muchas alternativas, en grupos de activistas, en nuestros barrios, donde estamos.

La contribución principal de los movimientos progresistas a una transformación de la sociedad no es cambiar el panorama electoral, sino proponer otro sentido y otras perspectivas sobre lo que significa la democracia en el siglo XXI y afirmar la dignidad de cada persona.

A partir de las plazas, de iniciativas ciudadanas concretas o de su vida cotidiana, los activistas cuestionan la ideología dominante y lo que significa la “vivir bien” y la felicidad. Cuando la sociedad neoliberal difunde una imagen de la buena vida como el acceso a la sociedad del consumo, en los barrios y en el campo, activistas de todas las edades crean elementos de una vida distinta, donde el “buen vivir” se define más por la calidad de las relaciones sociales que por la cantidad de bienes consumidos. Por lo tanto, es esencial entender a los movimientos sociales también como productores de significados (Eyerman y Jamison, 1991) y de conocimientos (Santos, 2007 y 2013).

## 2. LA REPRODUCCIÓN DEL SISTEMA

Tomar en cuenta estos sesgos epistemológicos y las dimensiones culturales, cognitivas y subjetivas de los movimientos sociales, no debe esconder el hecho de que los movimientos progresistas recientes no han transformado las sociedades y las relaciones con la política institucional ni en la magnitud, ni en la dirección que muchos esperaban en 2011.

Una parte de la diferencia entre el cambio esperado y la realidad a finales de la década se debe a las altas expectativas que los actores y muchos analistas tenían de estos movimientos.

Muchos activistas, y con ellos una parte de los analistas de los movimientos sociales, suelen sobrestimar la capacidad de acción y el impacto de los movimientos que viven y/o analizan, cuando subestiman el peso de las estructuras sociales y de los procesos sociales que contribuyen a reproducir la sociedad, como por ejemplo los *habitus*, la apatía y el conformismo de muchos ciudadanos, el peso de las instituciones y de los actores conservadores, entre otros factores.

Por la naturaleza de su objeto, pero también por los valores, las experiencias y las inclinaciones personales<sup>4</sup> que les ha llevado a elegir este objeto, los analistas de los movimientos sociales enfocan su perspectiva en el estudio del cambio social. Les lleva a insistir en el peso de la capacidad de actuar de los actores y de su contribución al cambio social. A menudo también les lleva a subestimar los mecanismos sociales, políticos y culturales de reproducción de la sociedad. A este dilema permanente de la sociología (¿Actores o estructuras?, ¿Reproducción de la sociedad o cambio social?), Antony Giddens (1984) sugiere tomar en cuenta las dos perspectivas que son complementarias más que opuestas. Para el campo del estudio de los movimientos sociales, significa acordar más importancia a los procesos,

---

4 El sociólogo francés Alain Caillé (2014) insiste en la necesidad de tomar en cuenta los valores y los motivos personales de los investigadores como uno de los cuatro “imperativos metodológicos” de las ciencias sociales.

mecanismos y actores que contribuyen a “reproducir” la sociedad y no a transformarla, a matizar el impacto de los movimientos sociales y a integrar una parte de los actores contestatarios de ayer en el sistema dominante.

Por lo tanto, es indispensable integrar mejor en el análisis de los movimientos sociales procesos sociales de distinta índole que reproducen la sociedad y dificultan o impiden los cambios sociales, como son las matrices socio-políticas (Garretón, 2016), la cultura cívica, las instituciones, o las costumbres y las visiones del mundo de la población. En México, Sergio Zermeno (1996) mostró cómo en la década de 1990 el proceso de democratización se retrocesó por el fortalecimiento de la atracción de la sociedad civil por la esfera política y la cultura del liderazgo, al punto de “derrotar la sociedad”. Tales análisis no nos llevan a abandonar el planteamiento de Touraine, pero sí a matizarlo: los movimientos sociales *contribuyen* a producir la sociedad, al lado de otros actores, instituciones y mecanismos sociales.

De hecho, si consideramos la evolución de una parte de la opinión pública y del sistema político institucional de muchos de los países donde hubo movimientos ciudadanos masivos al inicio de esta década, es impresionante la capacidad del sistema económico capitalista, de los sistemas partidarios-electorales y del consumismo para aspirar la energía del movimiento.

Lo que ocurrió en Chile en los años que siguieron el movimiento estudiantil masivo de 2011 es llamativo en esta perspectiva. El movimiento estudiantil de 2011 queda como el más importante movimiento social desde el fin de la dictadura en 1988. Más allá de sus demandas directas, como una educación superior sin fines de lucro, el movimiento estudiantil impulsó un cuestionamiento profundo del modelo neoliberal y de la idea de que era un modelo justo donde se recompensa el mérito (Garretón, 2016: 11; Araujo y Martucceli, 2012).

Durante el auge de las movilizaciones en 2011, muchos intelectuales públicos anunciaron que el movimiento había puesto un fin al conservadurismo y al modelo neoliberal que domina Chile desde 1973 (Mayol, 2012a y 2012b). Un par de años más tarde, los libros dedicados al movimiento ya no hablaban del fin del modelo, sino de “brechas” (Gaudichaud, 2013). En 2016, el sociólogo Manuel Antonio Garretón (2016) afirma que si bien la matriz socio-política fue cuestionada y afectada por el movimiento, sigue vigente y que unos años después del auge de las protestas, es otra vez esta matriz que produce el sentido dominante de la realidad política y social. Finalmente, un año después, las elecciones generales se concluyen con la victoria de Pineda, el presidente de derecha que estaba en el poder durante las manifestaciones de 2011. Al contrario de su campaña victoriosa anterior en

2007, en 2017 se alió con organizaciones y actores que apoyaron la dictadura de Pinochet. Estamos lejos del “fin del modelo neoliberal chileno” que se proclamó en 2011.

Este escenario no debe llevar a la conclusión del fracaso o de la inutilidad del movimiento estudiantil en Chile. Insistí en la primera parte de este artículo que el resultado de un movimiento no se puede medir por el auge de su impacto en las elecciones. El movimiento de 2011 generó transformaciones importantes en la vida y en la subjetividad de muchos ciudadanos, cuestionó la legitimidad del modelo neoliberal y abrió un ciclo de contestación, durante el cual emergieron un movimiento feminista profundo y muy creativo en 2018 y el movimiento en contra del sistema de jubilación por capitalización (No Más AFP) que juntó 800.000 personas en las calles de Santiago y un número similar en otras ciudades del país (Miranda, 2018). Por otro lado, la recomposición de una fuerza política de izquierda, que se comprobó en la primera vuelta de las elecciones de 2017, también forma parte de los resultados indirectos del movimiento estudiantil.

Sin embargo, el regreso de un empresario neoliberal a la presidencia seis años después del movimiento y los cambios limitados en el sistema chileno, incluyendo en la educación superior, apuntan también a matizar el impacto de los movimientos progresistas y a analizar los mecanismos y los actores que lograron limitar la profundidad de los cambios sociales y mantener la “matriz socio-política chilena” después de la más amplia movilización desde la transición democrática y a pesar del surgimiento de nuevos actores políticos y sociales.

El sistema político y el modelo socio-económico supieron integrar algunos elementos de las reivindicaciones y algunos actores de las protestas sin transformarse en profundidad como lo exigían los actores del movimiento de 2011. La reforma educativa adoptada permite a muchos estudiantes de sectores populares tener acceso a la educación superior mediante un programa de becas. Es un progreso que amplía el acceso a las universidades, pero no cambia la lógica de mercado que rige el funcionamiento de la educación superior en Chile y a la cual se oponía con tanta fuerza el movimiento de 2011.

#### **¿QUÉ MOVIMIENTOS SOCIALES?**

Tomar en cuenta estos sesgos y las dimensiones culturales, cognitivas y subjetivas de los movimientos sociales, no debe esconder el hecho de que los movimientos progresistas recientes no han transformado las sociedades y las relaciones con la política institucional ni en la magnitud, ni en la dirección que muchos esperaban en 2011.

Los párrafos anteriores apuntaron a la necesidad de matizar las expectativas sobre el impacto que tuvieron los movimientos

progresistas y a tomar mejor en cuenta las estructuras sociales y los mecanismos que frenan el cambio social y contribuyen a reproducir la sociedad. ¿Debemos, por lo tanto, renunciar a la propuesta de Touraine según el cual los movimientos sociales producen la sociedad? ¿Perdieron relevancia los movimientos sociales? ¡Todo lo contrario! Pero cuando hablamos de “movimientos sociales”, tenemos que considerar no solo a los movimientos progresistas, con los cuales la mayoría de los sociólogos se sienten afines, sino también a los actores “de arriba”, que defienden y promueven el capitalismo global financiero, y a los actores conservadores y reaccionarios, que ganaron mucho ímpetu en la segunda parte de la década 2010.

En su principal libro *Producción de la sociedad* (1973a) Alain Touraine recomendaba analizar como movimientos sociales tanto a los actores contestatarios como a los actores “dominantes y dirigentes”, ya que la producción de la sociedad resulta de sus conflictos alrededor de orientaciones normativas compartidas. Sin embargo, Touraine y su equipo no implementaron esta propuesta teórica en sus estudios empíricos de los “nuevos movimientos sociales”. En el entorno de Touraine, Michel Wieviorka (1988), y luego Kevin McDonald (2011) y Farhad Khosrokhavar (2015) estudiaron el terrorismo y los yihadistas con la perspectiva de la sociología de los movimientos sociales. Wieviorka propone estudiar los movimientos y los “anti-movimientos” (2008). Paralelamente, Kevin McDonald (2006; 2011) muestra la relevancia de las perspectivas analíticas basadas en la experiencia y en las dimensiones personales de la acción, tanto para entender al movimiento altermundialista como a los yihadistas.

En una perspectiva enfocada en lo micro-social, el sociólogo neoyorquino de la acción colectiva, James Jasper (2015), invita a poner las interacciones entre los actores y al centro de la perspectiva analítica. Surgiere descomponer los movimientos sociales en series de “arenas”, en las cuales están interactuando distintos “jugadores” (“*players*”), algunos a favor de un proyecto, otros en contra, como es el caso del movimiento a favor de la legalización del aborto y el movimiento en contra.

Esta perspectiva también nos lleva a ver a los actores detrás de las “estructuras sociales” de otra manera. Jeff Goodwin y James Jasper y (2004) apuntaron a que lo que se considera como “estructura” por una perspectiva es, en general, el producto de la actuación de otros actores sociales. Las “estructuras de oportunidades políticas”, que se volvieron un factor explicativo central en la ciencia política de los movimientos sociales, no existen como estructuras, pero sí como el producto de una serie de acciones e interacciones por varios actores sociales. Por lo tanto, hay que estudiar cómo se produce esta matriz de oportunidades

políticas, cómo los actores contribuyen a mantenerla y cómo otros intentan cambiarla. Lo mismo se aplica a las “matrices socio-políticas”, una herramienta analítica muy prolífica como lo plantea Manuel Antonio Garretón (2001). Estas matrices tienen algo de rigidez, se mantienen en un período de tiempo y contribuyen a forjar los actores, pero al mismo tiempo están producidas y mantenidas por actores que, en ciertas perspectivas, se pueden analizar como movimientos sociales.

Por lo tanto, si mantenemos que los movimientos sociales contribuyen a la producción de la sociedad, es indispensable mencionar que no solo producen a la sociedad los movimientos progresistas. También lo hacen los movimientos conservadores y el “movimiento para un capitalismo global” (Sklair, 1997). Podemos analizarles con una perspectiva de movimiento social. Tienen estrategias no solo para tener un impacto en las decisiones políticas, sino también para formatear las mentalidades y las subjetividades de la gente y llegar a imponer una hegemonía ideológica (Gramsci, 2013), como fue el caso del neoliberalismo.

### **3. MOVIMIENTOS “DESDE ARRIBA”: EL PODER DEL “1%”**

A los movimientos “desde abajo”, como les nombran los zapatistas, corresponden “*movimientos desde arriba*”. Los activistas de *Occupy Wall Street* nombraron a sus adversarios como “el 1%” de la población que concentra las riquezas. El reporte 2018 de Oxfam sobre la desigualdad corrobora que el 1% más rico ganó el 82% de la riqueza creada el año anterior<sup>5</sup> y 42 personas poseen más riquezas que la mitad de la población mundial (3.800 millones de personas). Leslie Sklair (2001) muestra la formación y el impacto de una clase transnacional capitalista, que analiza como “un movimiento social para el capitalismo global”. Laurence Cox y Alf Nilsen (2017) también proponen un análisis del neoliberalismo como un “movimiento social desde arriba”.

Integrar estos actores en los estudios de los movimientos sociales contemporáneos permiten entender mejor la manera en que se produjo la sociedad actual y por qué los movimientos altermundialistas y sindicalistas no tuvieron un mayor impacto. Al revés, las perspectivas analíticas de la sociología de los movimientos sociales también nos permiten entender mejor estos actores.

Los análisis sobre estos movimientos existen, pero rara vez se conectan a la sociología de los movimientos sociales, y al revés esta última les ignora a menudo. Al menos cuatro aspectos de estos estudios resultan particularmente interesantes para destacar y analizar el protagonismo de estos “movimientos desde arriba”.

---

5 Disponible en: <<https://www.oxfam.org/en/pressroom/pressreleases/2018-01-22/richest-1-percent-bagged-82-percent-wealth-created-last-year>>.

A) ANALIZAR LA IDEOLOGÍA Y EL PROYECTO POLÍTICO

Tomás Moulián (1998) destaca la importancia de la coherencia ideológica de la visión del mundo de los actores dominantes en su análisis que muestra el impacto a largo plazo del proyecto político de la dictadura chilena. En su libro *Chile actual*, demostró que el neoliberalismo fue impuesto en Chile por una revolución conservadora que se apoyaba en la represión, pero también en una visión del mundo consistente y en estrategias eficaces para difundirla entre la población. Contaron con el apoyo de jóvenes conservadores, organizados en un movimiento que adoptó varios elementos del repertorio de acción, de discurso y de comunicación de los movimientos de jóvenes progresistas de la época (Muñoz, 2016).

La batalla principal es para la mente de la gente, haciéndoles adaptar la visión del mundo de estos actores dominantes e integrándoles en un sistema capitalista, en el cual el endeudamiento (Graeber, 2011) y el consumismo (Moulián, 1997; Sklair, 2001) juegan papeles fundamentales. Los investigadores, los intelectuales y las universidades no son “observadores externos”, son parte de esta batalla. La educación superior es un campo de batalla, entre un proyecto neoliberal basado sobre la competición y el endeudamiento de los estudiantes, y la perspectiva de la educación superior como un derecho y un bien público.

B) REDES, INFRAESTRUCTURAS Y MOVILIZACIÓN DE RECURSOS

Las ideas no bastan para cambiar el mundo. También se requieren actores capaces de movilizar e infraestructuras para difundir el mensaje. El economista Friedrich von Hayek fue un verdadero “empresario de la movilización” en el sentido del concepto de McCarthy y Zald (1977). Además de sus textos, también creó redes y nudos a partir de los cuales se iba a difundir la ideología neoliberal, tanto a partir de la Universidad de Chicago (con los “*Chicago boys*”) como con la “Sociedad del Mont Pelerin”, que fundó en 1947 para promover perspectivas económicas y políticas neoliberales.

Desde 1971, el Foro Económico Mundial junta cada año 2000 empresarios con jefes de estado y algunas ONG. Contribuyendo a tejer redes y a difundir una perspectiva favorable a las transnacionales y al proyecto neoliberal. Otras redes internacionales son menos conocidas, aunque no escondidas. Los multimillonarios hermanos Koch son conocidos por financiar los *think tanks* y por ser políticos conservadores y ultraliberales (“*libertarians*”) en Estados Unidos. La periodista Marina Amaral (2016) y la investigadora Katia Gerab Baggio (2016) se apoyaron en informaciones disponibles sobre los sitios internet de las organizaciones para develar que también financiaron actividades

en Brasil, con su red y su ideología, en una coyuntura política donde tuvo un impacto enorme. Los hermanos Koch, con otros donadores, financian el “Atlas network” un “think tanks” basado en Washington desde 1981 que defiende posiciones ultraliberales. Es sobre todo activo en Estados Unidos, pero cuenta con “socios” en 95 países. Estos incluyen la red internacional “Estudiantes para la libertad” y la red latinoamericana de “Students for Liberty”, una organización fundada en 2008 que promueve una agenda ultraliberal, también socio del Atlas Network. En 2012, crean una sección “Estudantes pela liberdade” en Belo Horizonte. Según su sitio de internet,<sup>6</sup> esta asociación organizó entre 2012 y 2016 más de 650 encuentros en 357 instituciones de educación superior, formando más de 200 grupos locales para promover su agenda ultraliberal y formar “jóvenes líderes”, muchos de los cuales se volvieron miembros activos de la asociación. Para que no quede expuesta públicamente la filiación con el think tank norteamericano, tres “jóvenes líderes” de la cúpula de “Estudantes pela Liberdade” iniciaron el muy conservador “Movimento Brasil Livre”, que se reveló como uno de los mayores actores de las manifestaciones de la derecha brasileña que pedía la destitución de la presidente electa Dilma Rousseff<sup>7</sup> (Amaral, 2016) y la implementación de políticas neoliberales. Investigaciones como las de Marina Amaral y Katia Gerab Baggio apuntan a la dimensión transnacional, si no global, de lo que muchos viven en Brasil como una batalla política e ideológica meramente nacional y muy específica del país.

En una perspectiva distinta, sociólogos estudian los mecanismos concretos de la conformación de una clase capitalista internacional (Carroll, 2010), nacional y de las redes que tejen las élites capitalistas nacionales e internacionales (Murray, 2017).

### C) LOBBIES, INFLUENCIAS Y CORRUPCIÓN

Las empresas transnacionales no son solo actores que se benefician del sistema que surgió de la globalización neoliberal, ellos forjaron este sistema por prácticas de colaboraciones y lobby a largo alcance con las instituciones internacionales, apoyándose en sus estados para imponer reglas del comercio internacional que les convenían. L. Sklair (2001) muestra en su libro cómo empresas transnacionales forjaron las reglas de la globalización neoliberal en las décadas de 1980

---

6 Según datos del sitio <<http://www.epl.org.br/sobre>>, rubrica “trayectoria”, último acceso el 11/08/2018. También citado por Baggio (2016: 12). El sitio no era accesible al momento de cerrar este libro en octubre de 2018.

7 Disponible en: <<https://www.atlasnetwork.org/news/article/students-for-liberty-plays-strong-role-in-free-brazil-movement>> (último acceso 17/10/2018).

y 1990, con una perspectiva a largo plazo. En un estudio de caso muy interesante, D. Kelly (2005) analiza cómo la “*International Chamber of Commerce*” se desempeñó para institucionalizar su agenda de autorregulación de las transnacionales y para promover el comercio, inversiones y servicios internacionales, una economía de mercado basada sobre el principio de la competitividad y el crecimiento económico global, gracias a colaboraciones estrechas con instituciones internacionales, como la Organización Mundial del Comercio y el secretario general de la ONU.

Más recientemente, Elaine Hui y Chris Chan (2016) mostraron cómo los actores del capitalismo global movilizan su “poder asociativo internacional” para contrarrestar las reformas laborales obtenida a duros costos por los obreros y sindicatos en el Sur de China. Las secciones estadounidenses, europeas y japonesas de las “*Chambers of commerce*” implementaron un trabajo de *lobby* con el gobierno central y los gobiernos estatales para evitar que suban los sueldos mínimos de los trabajadores. En varias ocasiones, pudieron contar con el apoyo de las embajadas y los consulados de sus países, a pesar de que iba en contra de los intereses de su país, ya que un aumento de los sueldos frenaría las exportaciones de productos chinos.

El peso de los *lobbies* es particularmente fuerte en las instituciones europeas. En 2017, el reporte<sup>8</sup> sobre las negociaciones para prohibir el glifosato, un pesticida cancerígeno, de la ONG “Observatorio de la Europa Corporativa”, muestra el protagonismo de los *lobbies* de la agro-industria, que lograron invertir los debates y posponer la decisión de 5 a 10 años. Bruselas, sede de las principales instituciones de la Unión Europea, alberga más *lobbies* que Washington. Alrededor de 25.000 personas trabajan como “lobistas”<sup>9</sup> en la ciudad y las reglas europeas que enmarcan estas actividades resultan más permisivas que las normas norteamericanas. En Europa, se multiplicaron los análisis, libros y reportajes muestran de forma cada vez más clara que, lejos de ser marginal, la acción de los *lobbies* se encuentra a menudo en el centro del sistema político a nivel regional y nacional, como lo exponen los periodistas alemanes Uwe Ritzer y Markus Balsler en su ensayo “*Lobbykratie*” (Lobbicracia). Allí muestran cómo la política alemana se construye bajo la presión constante del sector industrial y cómo la proximidad entre los *lobbies* industriales y el poder político explican ajustes repentinos de la cancillería del Consejo Europeo.

---

8 Disponible en: <<https://corporateeurope.org/food-and-agriculture/2017/10/beneath-glyphosate-headlines-crucial-battle-future-eu-pesticide>> (último acceso 17/10/2018).

9 Véase la guía de Bruselas *Lobbyplanet* del Corporate Europe Observatory. Disponible en: <<https://corporateeurope.org/lobbyplanet>>. (último acceso 17/10/2018).

La amenaza de los *lobbies* contra la democracia es exacerbada por la concentración de la riqueza en las manos de unos pocos y en un mundo en donde empresas transnacionales manejan más dinero que el PIB de países enteros. Los escándalos de corrupción de Oderbrecht muestran que la política latinoamericana es particularmente vulnerable. Aun cuando se multiplican los reportajes y libros de periodistas, hasta ahora pocos sociólogos han estudiado estas prácticas de *lobbies* como una parte del repertorio de acción de un “movimiento para el capitalismo global”.

*D) COMUNICACIÓN: EL PODER DE LOS MEDIOS*

Los análisis del poder de los medios de comunicación de masas muestran que “manufacturan el consenso” entre la población (Herman y Chomsky, 1988) y contribuyen a difundir las perspectivas y la cosmovisión de la élite capitalista nacional y/o global. En México, el principal conglomerado de televisión “construyó” la imagen y promovió la candidatura de Enrique Peña Nieto con tanto éxito que se volvió presidente del país entre 2012 y 2018 (Tuckman, 2012). En Brasil, los medios de la “*rede Globo*” jugaron un rol importante en la promoción y en el apoyo a la destitución de la presidente electa Dilma Rousseff. El impacto de la cadena conservadora de televisión “*Fox News*” tiene una inmensa influencia sobre las políticas de Donald Trump. En este contexto, son útiles los estudios que apuntan a la concentración de la propiedad de los medios de masas y a la colusión entre las élites políticas, económicas y mediáticas.

*E) REPRESIÓN*

Los actores del “movimiento social para un capitalismo global” gozan de un amplio repertorio de acción para hacer pasar sus ideas y convencer a la población de que el capitalismo es el mejor sistema, o por lo menos que “No hay alternativas” (el famoso TINA “*There is no alternative!*” de Thatcher). El golpe de estado en contra de Salvador Allende en 1973 queda como uno de los más claros ejemplos del uso de la fuerza y de la represión para imponer un sistema de “libre mercado” a favor de las élites económicas.

En nuestra década, casos de represión por regímenes conservadores son escasos. A una escala menor, los estados dominados por una élite neoliberal también usan el aparato represivo del estado frente a los que contestan el orden dominante. En abril 2018, el estado francés envió tanques de guerra y 2.500 policías que usaron más de 11.000 granadas<sup>10</sup> (lacrimógenas o asordantes) en 10 días para desalojar a

---

10 Disponible en: <<https://reporterre.net/Les-gendarmes-ont-deverse-une-quantite-record-de-grenades-sur-la-Zad-de-Notre>>. (último acceso 17/10/2018).

los activistas de la área rural de *Notre-Dame-des-Landes*, donde experimentaban proyectos agrícolas y culturales colectivos, cuando el Estado solo reconocía los proyectos agrícolas individuales. En enero del mismo año, el gobierno francés ya había renunciado al proyecto del aeropuerto, pero no estaba dispuesto a dejar crecer las experiencias colectivas alternativas en el sitio.

#### 4. MOVIMIENTOS CONSERVADORES Y REACCIONARIOS

##### A) RECONFIGURACIONES

Al inicio de la década de 2010, cuando la opinión pública y muchos analistas estaban enfocados en el surgimiento de movimientos progresistas en Estados Unidos (*Occupy Wall Street*), en Turquía (el movimiento del parque de Gezi) o en Brasil (las movilizaciones de 2013), pocos se enfocaron en que también se estaban reforzando los movimientos conservadores, nacionalistas y xenófobos en estos países y en muchas regiones del mundo.

En Brasil, las manifestaciones ciudadanas de 2013 abrieron un nuevo ciclo de protestas para los ciudadanos progresistas (sobre los cuales se enfocaron muchas investigaciones), pero también para los actores conservadores (Bringel y Pleyers, 2015). Estos últimos estuvieron presentes en las calles en 2013 y ampliaron su protagonismo a partir de 2015, cuando marcharon para pedir la destitución de la presidenta Dilma Rousseff. En Estados Unidos, las investigaciones de Kathleen Blee (2010) nos permiten entender las lógicas del compromiso y la visión del mundo de los activistas de los movimientos nacionalistas y supremacistas blancos, pero todos se quedaron sorprendidos por el impacto que demostraron estos actores como base popular de Donald Trump.

Si bien existen fraudes electorales de varios tipos y alcances, es indispensable reconocer que los gobiernos nacionalistas y xenófobos que están el poder en esta década se benefician del apoyo de una amplia parte (y a veces una mayoría) de la población y de movimientos populares muy dinámicos. En agosto de 2013, cuando los progresistas estaban entusiasmados por el movimiento de Gezi en Turquía, el partido islamista y autoritario del presidente Erdoğan obtuvo tres victorias consecutivas en un referéndum y en dos elecciones. Su gira hacia el autoritarismo en 2015 también se apoya en amplios sectores de la población, que a menudo quedan pocos visibles para los analistas progresistas. El apoyo de movimientos reaccionarios es particularmente visible en la India, donde grupos nacionalistas cometen masacres sin que se deslinde el primer ministro Modi de estas organizaciones.

Como se hizo para los movimientos progresistas en la primera parte de este texto, también hay que insistir en los alcances de los movimientos reaccionarios más allá de la esfera electoral. Suelo insistir en los impactos de los movimientos de ocupación de plazas, en la subjetividad de los participantes, su motivación y en el hecho de que se sienten liberados para actuar de manera más consistente con el mundo que quieren, ya que vieron que no están solos, que todo un movimiento comparte su perspectiva y sus ideales. Este impacto subjetivo también se aplica para los movimientos conservadores y reaccionarios. Participar en acampadas o en manifestaciones nacionalistas o xenófobas tiene un impacto en la subjetividad, reforzando las convicciones y dando seguridad en la acción. En la conclusión de su estancia para estudiar el impacto del Brexit en Inglaterra, la relatora especial de la ONU sobre el racismo, la discriminación, la xenofobia y la intolerancia, Tendayi Achiume (2018), profesora en la Universidad de California en Los Ángeles, apuntó a un “crecimiento en el volumen y la aceptabilidad de los discursos xenófobos sobre la migración, y sobre los ciudadanos extranjeros, incluidos los refugiados en los medios sociales y de prensa”. El politólogo Daniel Devine (2018) mostró que el número de crímenes racistas (“*hate crimes*”) aumentó en proporciones estadísticamente significativas con el referéndum a favor del Brexit en Inglaterra y con la elección de Donald Trump en Estados Unidos.

Los impactos culturales de estos movimientos reaccionarios han sido subestimados. Debajo de las expresiones políticas más visibles del auge de los movimientos conservadores y reaccionarios, varias investigaciones apuntan al dinamismo de los movimientos reaccionarios en iniciativas sociales y culturales. Ocupan edificios para denunciar la gentrificación y la falta de viviendas. Organizan distribuciones de alimentos para “pobres nacionales”. Fomentan una escena musical vibrante con bandas de rock y punk y difunden sus campañas e ideas a través del uso inteligente de medios socio-digitales (Álvarez-Benavides, 2018). Desde “*la manif pour tous*” (en contra de las bodas homosexuales) en Francia hasta el *Movimiento Brasil Libre*, los movimientos conservadores contemporáneos retomaron el repertorio de acción de los movimientos progresistas y del altermundialismo, con *flash mobs*, concierto de rock y ocupaciones.

#### *B) FRONTERAS BORROSAS: REACCIONARIOS Y PROGRESISTAS*

Estamos en una época de recomposición de las fuerzas socio-políticas y de las alianzas. Las categorías políticas que permitía clasificar los actores a veces no son tan agudas.

En varios países, las fuerzas sociales se polarizaron, la oposición entre la izquierda y los reaccionarios llegó a ocupar un lugar central

en el escenario político, dejando con poco margen de maniobra a las voces críticas y alter-activistas, como es el caso de Brasil (Bringel y Domingues, 2018). En Turquía, el régimen encarcela las voces críticas, ya sean periodista o académicos que firmaron una petición para la paz. La represión de los regímenes nacionalistas a los disidentes ha sido feroz en los últimos años y en muchos casos logró acabar con las movilizaciones sociales progresistas (Küçük y Türkmen, 2018). En 2011, decenas de miles de ciudadanos iniciaron revoluciones pacíficas en Bahrein, con un fuerte componente alter-activista (Glasius y Pleyers, 2013: 561). La represión implacable del régimen apoyado por Arabia Saudita, acabó con los sueños de democratización. La revolución de Siria también era pacífica y motivada por ideales democráticos.

En otros países, contrariamente se constata una gran promiscuidad entre actores progresistas y reaccionarios, con fronteras borrosas entre los dos. Movimientos reaccionarios retoman elementos del repertorio de acción de los progresistas, tanto como argumentos en contra del capitalismo financiero global. En Hong Kong, entre los jóvenes que llevan la lucha en contra del gobierno enfeudado a Beijing, se encuentran progresistas, pero también muchos nacionalistas que se quejan de “los Chinos” (“*mainland Chinese*”) que vienen a aprovecharse de nuestro sistema social” (entrevista, 2018). En Rusia, nacionalistas xenófobos y alter-activistas estuvieron juntos en la acampada de la plaza Abbay en Moscú en 2012, que se inspiró en *Occupy Wall Street*. La seguridad de la acampada estaba a cargo de los nacionalistas que se oponían también a Putin, pero desde perspectivas de extrema derecha. De igual manera, cuando la Unión Europea veía en la plaza Maidan en Kiev (Ucrania) únicamente un movimiento para más democracia y apertura, grupos fascistas también estuvieron muy activos en el movimiento (Emeran, 2017). En Rumania, el nuevo dinamismo de los movimientos ciudadanos y la reconfiguración de la sociedad civil viene tanto de alter-activistas progresistas, como de jóvenes empresarios y de grupos y plataformas nacionalistas, a menudo cercanos a los ultras. Tendencias ortodoxas fundamentalistas, redes contra la comunidad LGBT e incluso el partido de extrema derecha “La Nueva Derecha” han participado en varias de las protestas ciudadanas que surgieron en Rumania desde 2011. En 2013, los nacionalistas protestaron junto con los expertos de la sociedad civil y los alter-activistas contra las minas de oro, denunciando el dominio absoluto de una empresa extranjera sobre los recursos rumanos. En 2017, fueron actores centrales en las movilizaciones en contra de la corrupción, juntos a alter-activistas y empresarios (Abăseacă y Pleyers, 2019).

C) REACCIONARIOS Y ÉLITES GLOBALES

La compleja recomposición de las alianzas y de las oposiciones entre fuerzas socio-políticas también abruma las relaciones entre actores de movimientos reaccionarios y las élites económicas y el movimiento para un capitalismo global.

Por un lado, en los discursos los líderes populistas se ponen como defensores del pueblo frente a una élite transnacional que acapara las riquezas en la espalda del trabajo del pueblo. Adoptan medidas proteccionistas, como lo ilustra la política de Trump. El gobierno nacionalista de Hungría ha convertido al financiero y filántropo húngaro-americano Georges Soros en su principal enemigo, cerrando la Universidad de Europa Central que financiaba porque defendía valores cosmopolitas.

Por el otro lado, muchos elementos indican que estos actores no están tan lejos de lo que surgieron sus discursos, que existe una clara alianza objetiva entre los dos y, según algunos, que se trata de uno y del mismo actor histórico. El propio caso de Trump muestra toda la ambigüedad, ya que él pertenece a esta élite económica internacional, siendo dueño de negocios en múltiples países. Si bien los jueces que nombra en la corte suprema contentan su base conservadora, sus reformas fiscales benefician a un restringido porcentaje de las élites capitalistas del país.

El *“Movimiento Brasil Libre”* es un claro ejemplo de combinación de agendas neoliberales y conservadoras, aunque divergen en sus posiciones sobre las minorías sexuales. La alianza entre una élite económica nacional, que se benefició de políticas neoliberales, y regímenes muy conservadores es también la base de los regímenes de Erdoğan en Turquía y de Modi en la India. Los análisis recientes muestran cómo el régimen turco combina un proyecto económico neoliberal y políticas conservadoras, y cómo va formateando las subjetividades de los ciudadanos en las esferas públicas, pero también en la del trabajo y en la vida privada (Yilmaz Deniz, 2018; Ileri, 2016; Küçük y Türkmen, 2018).

El caso histórico de Chile también indica una clara alianza entre los neoliberales y la derecha conservadora. El conservadurismo social y cultural impuso, a la fuerza del golpe y de la represión, el neoliberalismo, contando con el apoyo de expertos de la escuela neoliberal de Chicago. Es la “estrategia de shock” explicada por Naomi Klein (2007). Tomás Moulián (1998) muestra la consistencia del gobierno conservador en su objetivo de imponer marcos neoliberales en todos los sectores de la economía, y en particular en la educación, hasta los últimos días del régimen. De igual manera, Katia Araujo y Danilo Martuccelli y (2012) sostienen que el neoliberalismo va a la par de la

represión y que no se puede distinguir el autoritarismo conservador del régimen de Pinochet de su proyecto neoliberal. Por otro lado, estudios históricos cuidadosos muestran las tensiones que aparecieron entre las tendencias conservadoras y el proyecto neoliberal durante la dictadura y, en particular, después de la crisis económica de 1982, cuando perdieron sus accesos a la presidencia los *Chicago boys* tras el fracaso de sus políticas económicas neoliberales (Muñoz, 2016).

### CONCLUSIONES

Ocho años después de 2010, muchas esperanzas de los movimientos democratizadores han dado paso al regreso del autoritarismo y a movimientos reaccionarios.

Esta evolución no invalida la propuesta de Touraine que pone a los movimientos sociales como los mayores protagonistas de la producción de la sociedad. Los movimientos sociales tuvieron un gran impacto en esta década, pero no solo los movimientos progresistas. Es por lo tanto importante la multiplicación de las investigaciones empíricas que analizan los movimientos conservadores y subrayan su amplio impacto en la esfera pública (Kuhar y Paternotte, 2017). Es fundamental integrar estas investigaciones a un diálogo fértil entre estudios de movimientos conservadores y progresistas (Wieviorka, 2015: 316).

También es necesario estudiar, a partir de las perspectivas de la sociología de los movimientos sociales, los actores que contribuyen a mantener y fortalecer la centralidad de sistema capitalista, la desigualdad creciente y el poder de lo que *Occupy Wall Street* llamó el 1%. Una de las claves para entender el protagonismo de los movimientos sociales y sus contribuciones a la producción de la sociedad en el siglo XXI, reside en una mejor comprensión de cada uno de estos sectores de movimientos y, sobre todo, de sus interacciones y de los conflictos que les oponen en términos de fuerzas políticas, cambios culturales, transformaciones de las subjetividades y de cosmovisiones.

La fuerza de los movimientos conservadores en esta segunda parte de la década 2010 y su omnipresencia mediática, no deben ocultar el dinamismo y la creatividad de muchos actores progresistas en nuestra época. Desde 2011, no pasan un par de meses sin que surjan amplias movilizaciones ciudadanas pidiendo democracia. Otros movimientos nunca alcanzarán las portadas de los grandes periódicos y son mucho menos visibles que las manifestaciones y las ocupaciones de plazas públicas, pero están instigando transformaciones “subterráneas” de la sociedad a partir de prácticas concretas. Asistimos, por ejemplo, a un fuerte crecimiento del movimiento para una alimentación local. Decenas de miles de familias reciben cada semana su canasta de verdura

directamente de un campesino local. La Vía Campesina nos recuerda que “los pequeños agricultores, los campesinos e indígenas tienen en sus manos miles de soluciones para el cambio climático”.<sup>11</sup> El hecho de que sean menos visibles y ancladas en la vida cotidiana, no disminuye la importancia de estos movimientos que son significativos, tanto en el cambio concreto que representan para las comunidades y los ciudadanos como por la crítica al sistema dominante que representan.

---

11 Declaración final de la Vía Campesina de la Cumbre sobre el clima en Cancún, 2010.